“Dioses Blancos (Iztac Teteo)”

Aún recuerdo el día que conocí a los dioses blancos, aquel día fue un día de abril de aquella primavera de “quédate en casa" del 2020, lo que más recuerdo es el olor del patio de mi casa, olía a día de muertos, ya saben, ese inconfundible olor a copal que llena todos los panteones y algunas calles y mercados de la ciudad de México en noviembre.

- ¡Mateo! -grito mi mama mientras lavaba unos trastes- ¡ve a ver a tu abuelo!, ¡Otra vez está quemando basura de seguro!

- Si ma. -Respondí, aunque yo sabía que no era basura lo que se quemaba.

En la parte posterior de la casa tenemos un pequeño patio, y el espacio está ocupado por tres asiduos inquilinos muy queridos por todos en la familia, la casa del perro negro azabache con su mirada profunda, pero a la vez tan tierna digna de un perro guardián, con tamaño de san Bernardo y ladrido de cachorro, las gallinas pintas y los gallos del abuelo chava que tanto había insistido en traerse del pueblo cuando recién se mudó con nosotros y la silla reclinadora donde le gusta pasar los días.

- ¿Qué haces abuelo chava? -le pregunté-.

- ofrezco una ofrenda a los dioses chamaco. -contesto sin dejar de azuzar la llama del sahumerio-.

- ¿y porque huele a día de muertos?

- porque queme tantito copal que nos sobro de la ofrenda del año pasado.

- ¿Qué es el copal?

- es una resina que usamos en las ofrendas y cuando queremos hablar con los dioses que habitan en nuestro interior, así ha sido siempre.

- ¿ósea que tu abuelo también lo usaba abuelo chava?

- ¡ja ja ja! Claro que si chamaco, y el abuelo de él también seguramente.

- ¿y porque quieren los dioses tanto humo?

- porque los vemos, ven los iztac teteo.

- ¿y porque quieres que los vean abuelo chava?

-porque hoy más que nunca necesitamos de la fuerza que proviene de ellos, la fuerza que habita dentro de todos nosotros –respondió en un tono sereno y profundo mientras seguía echándole aire a la llama del sahumerio-.

Y de repente azabache empezó a ladrar como cuando escucha que mi mama se pone a gritar o se enoja, así que antes de que se enojara más fui a donde estaba ella y decirle que no había que preocuparse ni por el abuelo, ni por la basura.

- ¡ah!, tu abuelo y sus cosas -respondió con ligera indiferencia mientras servía la cena- ya vente a cenar mateo.

Durante la cena pensé en Cómo sería ese cielo del que hablaba el abuelo chava, la mera idea me parecía algo muy raro, muy curioso ¿un cielo?, ¿dentro de mí?, ¿de todos?, no creo que quepa tanto dentro de mí –me dije a mi mismo-; curioso pensamiento para un niño de 10 años sin escuela y a media cuarentena encerrado en casa, de pronto, otro olor conocido se hizo presente, uno de mis favoritos, era olor a gorditas de piloncillo con canela y todo pensamiento de cielos y dioses se vieron opacados por tan delicioso olor, ¡podría comer 100 de ellas si pudiera!

- hola familia bonita, no los saludo de beso bien por eso de la sana distancia, ¡no por otra cosa eh! -exclamo mi tía Paty que iba llegando de la calle junto con mi primo Iker.

- si ahí está el jabón para lavarse las manos, lávense para que se echen un taquito con nosotros – respondió mi mama-.

Me emocione, pues mi primo Iker y yo siempre jugábamos al futbol después de terminar nuestras tareas por las tardes, en tiempo de cuarentena solia ser diferente, a veces podíamos jugar por más tiempo.

- ¿ya terminaste mateo?-preguntó Iker-.

- sí, ¡ya casi!-le contesté-.

- el abuelo ya encerró a las gallinas y me dijo que podríamos jugar lo que resta de la tarde.

Al escuchar aquello me limpié apresuradamente con una servilleta y agradecí a mi mama por las gorditas.

- ya aprendí a tirarle de chilenita –dije en tono retador a Iker-.

- yo sé hacer de esas también -respondió en tono orgulloso-.

Recién nos estábamos acostumbrando al cambio de horario, recuerdo sentir que los días eran muy cortos en aquel entonces; el reloj marcaba las 7 de la tarde, pero el cielo aún estaba claro y las nubes estaban prontas a parecer algodones de azúcar rosas.

Fue aquí en donde por querer impresionar a mi primo intenté la chilenita, pero por ser la primera vez que lo hacía con alguien mirándome, caí al suelo de forma estrepitosa, justo en donde había suciedad de gallina y mi primo se burló de mí, al mismo tiempo sentí una raspadura grande en mi codo derecho y al revisarme broto un poco de sangre, me sentí triste, decepcionado, había hecho el ridículo en frente de mi primo, quise llorar y quedarme ahí por un tiempo, hasta que se fuera mi primo al menos, hasta la fecha no recuerdo si lloré en frente de él o no, pero lo que si recuerdo claramente fue lo que aconteció después, recuerdo reunir todas mis fuerzas y sin escuchar las burlas de Iker, me levante y fui a la cocina por una servilleta, seque un poco mi brazo

que sangraba levemente y me enjuague con el jabón de las manos del fregadero y regrese a jugar.

- ¡ten cuidado con la popo de gallina! -dijo en tono burlón mi primo-.

A lo que respondí tomando la pelota esta vez teniendo éxito en el tiro de chilenita, anotándole un gol a Iker que hasta la fecha seguimos recordando con júbilo. Me sentí muy satisfecho y feliz, sobre todo porque al hacerlo noté que el abuelo chava estaba bajo el travesaño de la puerta que da al patio, los algodones de azúcar del cielo recién se habían convertido en grandes nubes grises que se perdían en el obscuro color negro del cielo de la noche, y sabíamos que ya era la hora de prender la luz del patio que se queda prendida por las noches del abuelo chava, y eso marcaría el final de nuestro partido por hoy.

Aquella noche vive en mi memoria aún y como el sentir que me produce un abrazo de mi mama, aquella imagen y su significado me hacen sentir en casa, a salvo y seguro, tuve un sueño que en aquel entonces me pareció muy extraño; recuerdo que en el sueño yo salía de las entrañas de un árbol grande, tenía la sensación de que hace muchos años que nadie salía de ese árbol, como si fuera un templo, un testigo del paso del tiempo, el árbol se encontraba en la orilla del mar, el mar y sus aguas me hacían sentir cierta familiaridad, pues se parecían a las mismas aguas tumultuosas de azul y verde profundo de mazunte de nuestras últimas vacaciones, sin embargo había algo diferente en ellas, pues vi una cascada invertida, justo en el centro de aquella playa onírica, el torrente era ascendente, el agua emanaba del mar y en lugar de ser un torrente descendente como cualquier cascada normal esta terminaba en el cielo, todo el cielo parecía espuma de mar, recuerdo que al notar esa extraña normalidad con que el agua parecía retornar a su inusual lugar de origen sin exabrupto alguno tuve una sensación de calma y el calor que emanaba de esa espuma de mar celestial me invitaba a sumergirme en sus aguas, así que tome la decisión de seguir ese calor tan agradable e inofensivo y salte uniéndome al imponente cauce ascendente de aquel espejismo superfluo y cuando me uní al amplio cielo surreal pude ver amplias columnas de humo blanco, mientras una voz a lo lejos profería cosas que apenas podía entender: “iztac teteo....el cielo dentro...fortaleza” y de repente vi muchos rostros de todas las edades, de todas las culturas, de todos los países, y de pronto de entre todos esos rostros identifiqué uno, un rostro conocido, era el abuelo chava y su sonrisa profunda y genuina, fue ahí cuando de un solo golpe fui devuelto a mi cama, al ladrido de azabache y el sonido que hace el apagador del patio cuando recién los gallos empiezan a cantar y el abuelo chava ya está despierto.

Aquella mañana me sentía un tanto abrumado, mi estómago pedía comida, a pesar de sentirme un tanto confundido y extraño a mí, sabía bien que ese crujir único y especial de las gorditas de canela con piloncillo de anoche era lo único que necesitaba en ese momento, así que fui a hurtadillas por una y Mientras masticaba mi gordita no dejaba de pensar en aquel sueño, así que aprovechando que el abuelo chava ya andaba en el patio despierto fui con él a contarle lo que me aquejaba.

-Venga mijo, le voy a contar algo, y se acomodó en su silla reclinadora, eso que usted vio en su sueño es todo lo bueno de este mundo, todo lo bueno en uste' vera chamaco, así como yo quemo el copal y convoco a los iztac teteo, uste' se levanta, se enjuga las lágrimas y anota gol de chilenita.

-¡sabía que si lo habías visto abuelo chava!

- claro que lo vi mijo –usando ese tono de voz serio que usa cuando habla de sentimientos mi abuelo sonreía ligeramente mientras lo decía- es el cielo dentro de ti mateo, y para poder verlo tuviste que caer primero y querer levantarte después, el copal que yo utilizo es una resina que protege a los árboles que la producen y como todos nosotros, la resina cumple la función de proteger y sanar al árbol, protegiéndolo de parásitos chiquititos que hacen mucho ruido, parásitos que quieren comerse el árbol desde lo mero arriba, es importante no abusar de la generosidad del árbol, si se saca más resina de la que se debe, el árbol deja de producirle y cae en la desesperanza como el pueblo de méxico hace unos atrás por el daño que nos hacían ciertos gobernantes chiquitos y ruidosos; es solamente el corte profesional en diagonal que los copaleros milenarios de tradición saben hacer para que las volutas de humo blanco y viejos como yo aún puedamos hacer equipo y convocar a toda nuestra fuerza interior.

La explicación del abuelo chava me había dejado con más preguntas que respuestas, y no por que no entendiera lo que quiso comunicarme en aquel momento el abuelo chava, sino porque podía sentir la profundidad y veracidad de sus palabras, al fin entendía porque era importante que la casa oliera a día de muertos.

Aquella tarde, llegada la hora de nuestro juego post cena habitual mi primo Iker intento hacer el tiro de chilenita que quedo pendiente y a pesar de haber parecido muy confiado, el también cayó al suelo, para su fortuna no había suciedad de gallina en el suelo, pero si había una lagrima gruesa y temerosa bajando por su mejilla.

-tu puedes primo, ¡el cielo dentro de ti te ayudara a conseguirlo!

- ¿de que estas hablando? – contestó perplejo mientras se reincorporaba-.

Y justo cuando estaba por contestarle el abuelo chava irrumpió en la escena.

-¿a qué hora terminan su juego chamacos?

-recién comenzamos-respondí-.

-¿Qué te pasa Iker?-preguntó el abuelo notando la mejilla húmeda de Iker-.

-me caí intentando una chilena, así como la que Iker hizo ayer.

- eso está bien, tienes que intentarlo de nuevo, ¡yo sé que tu chilena será muy buena también!

-está bien abuelo -respondió Iker recuperando sus ganas e ímpetu- ¡eso hare!

-¿Por qué preguntabas abuelo chava?, ¿es hora ya de llamar a los dioses blancos? –pregunte inquieto-.

-no tendría caso hacer eso hoy chamaco, ellos ya están aquí.

Y fue justo con esa frase que vinieron a mi mente reminiscencias, todos esos rostros, conocidos y desconocidos de mi sueño, entre ellos, vi el mío, el de mi mamá, el del abuelo chava y el de Iker gritando ¡goool!, y lo comprendí, todos somos los dioses blancos, las volutas de humo blanco, los iztac teteo han sido y siguen siendo solamente un medio para reconocer y reconectar con nuestra fuerza interior, el cielo dentro de nosotros, somos nubes color rosa, nubes color gris, nubes blancas como la espuma del mar, pero más importante, somos el cielo azul infinito que guarda al sol y a la luna y millones de constelaciones dentro de sí, somos más grandes que cualquier virus, más grandes que cualquier adversidad, más grandes que el miedo, más grandes que cualquier parásito chiquito ruidoso que nos quiera comer desde arriba.

Nunca eh vuelto a ver a los dioses blancos en mis sueños, pero ahora, yo mismo los invoco y aunque el abuelo chava ya casi no puede pararse de su cama, siempre me pregunta si ya compre copal.

-Si abuelo chava, ya no hay cuarentena, hace años de eso, lo compre desde el viernes pasado, no te preocupes-le respondo-.

Y el abuelo chava se esfuerza por sonreír y decir:

-bien muchacho, váyase ya, saque a azabache a pasear, ¡y salúdeme a la novia!

Carlos Eduardo Fuentes Espinosa